

**ACTES DEL X CONGRÉS INTERNACIONAL
DE L'ASSOCIACIÓ HISPÀNICA
DE LITERATURA MEDIEVAL**

**Edició a cura de
Rafael Alemany,
Josep Lluís Martos
i Josep Miquel Manzanaro**

Volum II

**INSTITUT INTERUNIVERSITARI DE FILOLOGIA VALENCIANA
«SYMPOSIA PHILOLOGICA», 11**

Alacant, 2005

Asociació Hispànica de Literatura Medieval. Congr s (10 . 2003. Alacant)
 Actes del X Congr s Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval /
 edició a cura de Rafael Alemany, Josep Lluís Martos i Josep Miquel Manzanaro. -
 Alacant : Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, 2005. - 3 v. (1636 pp.) ;
 23,5 x 17 cm. - (Symposia philologica ; 10, 11 i 12)
 Ponències en català, castell  i gallec
 ISBN: 84-608-0302-3 (84-608-0303-1, V. I; 84-608-0304-X, V. II; 84-608-0305-8, V. III)
 1. Literatura medieval - Història i crítica - Congresos. 2. Literatura espanyola - Anterior
 a 1500 - Historia y crítica - Congresos. I. Alemany, Rafael. II. Martos, Josep Lluís.
 III. Manzanaro, Josep Miquel. IV. Título. V. Serie.
 821.134.2.09"09/14"(063)

Director de la col·lecció: Josep Martines

  Els autors

  D'aquesta edició: Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana

Primera edició: maig de 2005

Portada: Llorenç Piz 

Il·lustració de la coberta: Taulell amb escena de torneig (1340-1360),
 Museu Municipal de l'Almod , X tiva
 Imprimeix: T BULA Diseño y Artes Gráficas

ISBN (Volum II): 84-608-0304-X

ISBN (Obra Completa): 84-608-0302-3

Dipòsit legal: A-519-2005

La publicació d'aquestes *Actes del X Congr s Internacional de l'Associació Hisp nica de Literatura Medieval* ha comptat amb el finançament de l'Acció Especial BFF2002-11132-E del Ministerio de Ciencia y Tecnología.

Cap part d'aquesta publicació no pot ser reprodu ida, emmagatzemada o transmesa de cap manera ni per cap mitjà, ja siga electrònic, químic, mecànic, òptic, de gravació o de fotocòpia, sense el perm s previ de l'editor.

EL ATAQUE A LO FEMENINO: TORTURA Y MUERTE DE LAS MÁRTIRES EN LA HAGIOGRAFÍA CASTELLANA MEDIEVAL*

Este respeto avrán los mártires cuando recibían tormentos e martirios que leerlos faze tenblar a hombre los figados, e ellos en pasar se gozaban, sabiendo que aquella simiente de lágrimas avía de dar fruto de infinida alegría.

(Fray Martín de Córdoba, *Tratado de la predestinación.*)¹

LA FIGURA DEL MÁRTIR

La etimología de la palabra «mártir» indica que se trata de mujeres y varones que son testigos de la fe cristiana. A imitación de Cristo, dan testimonio del amor del Padre a través de sus ejemplos y, así como Cristo fue el primer testigo viviente de la fe, ellos continuaron con su ejemplo. El propio Jesús les había dicho: «seréis llevados a los tribunales y allí deberéis dar testimonio» (Mt. 10,18; Mc. 13,9; Lc. 21, 23). Su testimonio de fe les cuesta la vida, puesto que, como a Cristo, los perseguirán hasta la muerte, pero también, como a él, les otorga la gloria. Por lo tanto, sufren sin oponerse cuantas torturas les impongan y les hagan dignos de ser testigos de esa fe. Esos sufrimientos los caracterizan, pues son el centro de sus vidas, suponen su consagración a Dios. De este modo, las imágenes visuales que los reproducen se centran en el mártir en su proceso de tortura, así como en los relatos literarios ese proceso de tortura será también centro y causa del relato.

Pondré la nota escabrosa y cruenta para referirme con detalle al proceso de las torturas aplicadas a las mártires según las describen los textos hagiográficos castellanos medievales, textos literarios, ficticios, por tanto, que, sin embargo, tienen base remota en los procesos llevados a cabo en los inicios del cristianismo y que se

(*) Este trabajo se ampara en el proyecto de investigación CEHC, «Coordinación de la Edición de la Hagiografía Castellana», subvencionado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología (BFF2000-837).

1. Citado en Gómez Redondo 2002: 3241, n. 1620.

recogen, con supuesto rigor histórico, en las *Actas de los Mártires* (1974), por ejemplo.

Para ello aduciré ejemplos de aquellas vidas de mártires que han sido publicadas, como el único santoral femenino conocido, de Álvaro de Luna, contenido en su *Libro de las virtuosas e claras mugeres*, de 1446; o el manuscrito 8 de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, único santoral publicado íntegramente por los profesores de la Universidad de Oviedo Fernando Baños Vallejo e Isabel Uría Maqua. En alguna ocasión mencionaré algún otro santoral castellano medieval, aunque no haya sido publicado. En todo caso, se han tenido en cuenta tanto la que Walsh y Thompson (1986-1987) denominaron Compilación A,² como la Compilación B³ y los manuscritos independientes.⁴ En su mayor parte, se trata de textos del siglo xv (salvo los mss. 8 y 10.252, que son del xiv).

Pero no se trata de morbosidad gratuita, sino de un intento del rescate de las olvidadas mujeres mártires cuyas vidas, como indica María Jesús Muñoz Mayor (1998: 38), quedaron sepultadas bajo la ingente multitud de historias de varones mártires, mucho más famosas y celebradas que las de las mujeres. Se trata de indagar en este tipo de historias de las féminas e intentar descubrir en qué sentido sus torturas son diferentes de las de los varones, y hasta qué punto pueden llegar estos textos a reflejar la misoginia del momento en que se escriben. En última instancia nos quedaría preguntarnos también por el posible funcionamiento de los modelos de las mártires como modelos a seguir por las lectoras del siglo xv. Sirvan estas líneas a modo de recordatorio de todas las mujeres que a lo largo de la historia padecieron la opresión, la violencia y la muerte, y de aquéllas, mártires contemporáneas, que aún en la sociedad del nuevo milenio se ven inmersas en cualquier tipo de situación violenta.

LAS TORTURAS

A juicio de Sara Maitland y de Wendy Mulford (1998: 135), las torturas que impregnan las pasiones de abundante sangre operan como valor de entretenimiento en las narraciones; además, ponen de relieve lo que tiene de humano el santo y destacan su carácter ejemplar por la resistencia estoica de los sufrimientos.

Por lo común, a las santas se las condena a la tortura por su insistencia en la afirmación de la fe cristiana y los valores que para ella supone esto, como la conservación de la virginidad, o la negativa a ofrecer sacrificios a los dioses de los paganos. Las mártires han sido iluminadas por Dios para la defensa a ultranza de su fe y para servir como ejemplos dignos de imitar.

2. Compuesta por los manuscritos 12.688, 12.689 y 780 de la Biblioteca Nacional de Madrid, y el h-III-22 y el h-II-18 de la Biblioteca de El Escorial.

3. Integrada por los manuscritos 8 y 9 de la Biblioteca de Menéndez Pelayo de Santander; el k-II-12 y h-I-14 de la Biblioteca de El Escorial, y 15.001 de la Biblioteca de la Fundación de Lázaro Galdiano de Madrid.

4. Se trata del manuscrito m-II-6 de la Biblioteca de El Escorial y del 10.252 de la Biblioteca Nacional (éste no contiene ninguna vida de santa).

Podemos clasificar las torturas aplicadas a las mártires, fundamentalmente, en dos apartados: las torturas infligidas manualmente, que son las más numerosas, y las aplicadas con máquinas de tortura. En un tercer apartado cabrían las hechas por medio de animales salvajes. En todos los casos, son torturas propiciadas por vesánicos emperadores, prefectos o adelantados, todos paganos, por supuesto.

a) De entre las *torturas manuales* más aplicadas a las mártires destacan sobre todo las *violaciones*, la tortura de los *pechos*, la *cárcel* y la tortura por *hambre*, los *golpes*, el *desgarramiento con garfios* o *con escorpiones* y la condena al *fuego*.

Cuando el prefecto amenaza a Lucía con la *violación* para que deje de ser templo del Espíritu Santo, contestará ella con firmeza: «non es dañado el cuerpo si queda el coraçon non corronpido; ca si contra mi voluntad me fuere quitado el thesoro de virginidad, ser me ha doblada la virtud de la castidad, para corona» (Luna 1908: 212).

Tampoco Ágata se da por vencida y, cuando la encierran en un burdel bajo el mando de la corrupta Afrodísia y sus nueve hijas, durante treinta días, ni con amenazas ni con promesas éstas consiguen corromperla, de tal modo que Afrodísia, vencida, le dice al prefecto: «mas ligera mente se podrian las piedras fazer muelles, el fierro ser tornado en natura de plomo, quel coraçon desta virgen ser quitado de la fe de ihesu christo» (Luna 1908: 208).

A las que van a ser violadas, por lo común, los maléficos prefectos ordenan previamente que las desnuden. A Inés la desnudan para llevarla a un prostíbulo y que sea violada por los amigos del prefecto, pero, milagrosamente, su cabellera crece de tal modo que cubre su cuerpo. A Eufemia la encierran en la cárcel con la orden de que entren a violarla todos los libertinos de la ciudad hasta que la maten por agotamiento.

En el caso de las doncellas de Anastasia, Agapita, Cionia e Irene, el intento de violación es previo a la orden de desnudarlas. En su torpe pretensión, el prefecto da lugar a una de las escenas más grotescas que se pueden leer en las vidas de las mártires. Cegado por sus instintos, el prefecto pierde el juicio y se solaza con ollas, marmitas, calderos y otros utensilios de cocina, creyendo que lo hace con las doncellas que había encerrado allí. De este modo, sale tan sucio y tiznado, aunque satisfecho, que siervos y guardias lo confunden con un demonio y lo apalean, le lanzan tierra y barro.

Otro suplicio que se aplica a menudo a las mujeres mártires es el de torturar y cortar los *pechos*, tortura que siempre viene acompañada por otras muchas. A Ágata el cónsul «la mando atormentar la teta, e ella bien atormentada, que gela cortasen» (Luna 1908: 209). A Cristina Juliano ordena que le corten los pechos, de los cuales, milagrosamente, «mano leche en lugar de sangre» (Luna 1908: 23).⁵

A casi todas las santas se las encierra en lóbregas *cárceles* y se las condena a permanecer incomunicadas y sin alimento y, en muchos casos, se las encierra después de haberlas torturado con crueldad y con la orden de que ningún físico las

5. El hecho de que mane leche en lugar de sangre alude claramente a la función nutricia de los senos.

cure. Pero las santas no desfallecen gracias a la ayuda divina: a Catalina se dice que la alimentó Dios con un manjar celestial que una paloma blanca le llevaba cada día. A otras, como Anastasia, será otra santa martirizada antes que ella, quien la alimente: en este caso es Teodora quien la sustenta con alimentos celestiales.

Los *golpes* de todo tipo serán continuos entre las variadas torturas de las mártires. A Margarita la atan a un poste y la azotan con varas. A Cristina su propio padre ordena que doce hombre la azoten con látigos hasta que éstos caen exhaustos. Pero no solo a las santas las golpean los furiosos prefectos, sino también a sus hijos, como al de Julita, Quirce, a quien Alejandro, el prefecto de Tarso, estrella contra las escalinatas del estrado en que se aposenta su trono, y lo hace con tanta saña que «firió en una piedra, e sallieronle los meollos, así que se apegó a la siella do el adelantado seía el meollo de la cabeça del nino, que era muy tierno» (Baños & Uría 2000: 169).

Frecuentes también serán los desgarramientos de las delicadas carnes de las mártires con utensilios como *garfios* o con *escorpiones*, que son cadenas de hierro acabadas en garfios afilados. Así, por ejemplo, Olibrio ordena atar a Margarita a un poste y que los verdugos le desgarran las carnes con los garfios de hierro de tal modo que «salía la sangre de su cuerpo así como agua de la fuente» (Baños & Uría 2000: 204). A Cristina también la condenan a la misma tortura. La escena es de un cruento exacerbado, ya que la santa llega a tomar un trozo de su propia carne desgarrada y se la arroja al rostro de su padre, diciendo: «toma, tirano, e come la carne que engendraste» (Luna 1908: 231). A Catalina, después de azotarla con los *escorpiones*, la encierran en la cárcel y ordenan torturarla durante doce días con diversos tormentos.

Por último, tenemos la tortura del *fuego*, ya sea en pequeñas antorchas para quemar la carne lentamente, como les hacen a Bárbara y a Margarita; ya en ingentes hogueras, como las que servirían posteriormente para eliminar a las brujas. A Lucía la embadurnan de pez y resina y prenden gran cantidad de leña a su alrededor para que muera abrasada. Cristina es atada a una rueda y colocada en medio de una gran hoguera, a la que arrojan grandes cantidades de aceite para avivar las llamas. Pero ya sean grandes o pequeños los focos de fuego, éste, símbolo de las penas infernales, no afecta nunca a las protegidas de Dios, salvo por voluntad propia, como sucede con Apolonia, quien, mientras le es preparada la hoguera en que la van a quemar, ella misma se lanza al fuego y se suicida.

Además de estas torturas más frecuentes en las vidas de las mártires, se registran otras muchas de tipo variado: así, a Apolonia le rompen todos los dientes; a Bárbara le machacan la cabeza con un martillo «en manera que semeiava que corrien rios de sangre fasta en tierra»(f. ccv v^a);⁶ a Ágata la arrastran desnuda entre brasas y cascotes de teja; a Julita la desuellan viva; a Cristina y a Bárbara les rapan la cabeza, las desnudan y las pasean por las calles de la ciudad. No contentos con esto, a Cristina terminan cortándole la lengua, a pesar de lo cual, la santa sigue hablando. También a esta santa, como a Eugenia, le atan una piedra al cuello y la lanzan al

6. Transcripción personal del santoral 15.001 (Compilación B).

agua, pero unos ángeles la socorren. A Juliana y a Eufemia las cuelgan de los cabellos. Otras, como Felícula, amiga de santa Petronila, terminan su vida arrojadas a una inmundia cloaca.

b) Pasando al segundo tipo de torturas, las infligidas a través de máquinas, encontramos que las más utilizadas son el *potro*, las *ruedas*, la *caldera*, el *horno*, la *cuna* y la *sartén*.

El *potro*, instrumento de tortura por excelencia, es el primer artefacto de tortura conocido y durante la Edad Media y el Renacimiento sería uno de los más utilizados por la Inquisición. Consistía, habitualmente, en unas maderas, una tabla, una escalera o incluso una rueda trabajados en forma de tornillo, donde se ataba a la víctima por tobillos y muñecas. A cada paso de rosca se provocaba una gran tensión en las articulaciones hasta llegar a descoyuntarlas e incluso a descuartizarlas. Éste es uno de los tormentos a que se somete a Ágata, tormento al que ella responde con palabras de desafío a sus verdugos. Felícula también es atormentada en el *potro*, de tal forma que llega a morir.

Las *ruedas* de tortura en ocasiones son utilizadas con el mismo fin que el *potro*. Así, a Juliana la colocan en una rueda y le tuercen los miembros «fasta que todos sus huesos fueron quebrantados, fasta le sallir los tuetanos» (Luna 1908: 214). A Eufemia la atan a una sofisticada rueda cuyos rayos están llenos de fuego, pero sale ilesa del tormento y, por castigo divino, el propio herrero que había ideado la macabra rueda muere víctima de su propio artefacto. Para Catalina construyen cuatro ruedas, de las cuales dos giran en un sentido y las otras dos en el otro. Así, con la víctima boca abajo, se pretendía que mientras unas ruedas desgarraban la parte inferior del cuerpo, las otras dos la superior.

En *calderas* llenas con diversos elementos sumergen a muchas de las mártires: a Julita la meten dentro de una caldera de pez hirviendo. La caldera de Cecilia es de agua hirviendo, pero a la santa le afecta lo mismo que un baño de agua tibia.

A otras santas las introducen en *hornos* de llamas aparatosas y prolongadas, como a Cristina, que permanece nada menos que cinco días dentro del horno «sin daño, cantando suaue mente con los angeles» (Luna 1908: 231). A Eugenia, al introducirla en el horno, el fuego se apaga repentinamente y el horno se refrigera.

Una *cuna* de hierro llena de aceite hirviendo preparan para Cristina, y para que se fría antes el cuerpo de la mártir, le agregan pez y resina mientras cuatro verdugos balancean el recipiente.

Por último, en una *sartén* llena de cera, pez y grasa derretidas fríen a Justina, junto a Cipriano, pero el suplicio les sabe poco menos que a refrigerio.

c) Finalmente, los siempre crudelísimos prefectos arrojan animales para torturar a las mártires. Los más frecuentes son los *escorpiones*, las *serpientes* y las *fieras salvajes*, como osos, leones y leopardos. Pero hay que mencionar aquí también la aparición de fieras fabulosas, de monstruos que simbolizan la encarnación corporal del eterno enemigo de las santas, el Demonio. Es el caso de la aparición de feroces *dragones*.

Convencido de que Cristina utiliza poderes malignos de hechicera, Juliano pide prestados a un encantador dos víboras, dos escorpiones y dos serpientes, que ordena arrojar a la santa, pero los bichos no solo no la atacan sino que le hacen reverencias y, ante las voces del mago para que ataquen a la doncella, se vuelven contra él mismo y lo matan. A Eufemia la arrojan a un foso con tres fieras hambrientas, pero éstas se acercan a la santa y con sus colas forman un trono para que se siente. A Perpetua la condenan a ser devorada por leones y a Felicidad, por leopardos.

En cuanto a animales míticos, no hay mejor ejemplo que el *dragón* del bosque de las cercanías del Ródano que la valiente Marta amansa con agua bendita y la señal de la santa cruz. O el dragón fiero que se presenta a Margarita en la cárcel en la que está encerrada. Cuando ésta ruega al Señor que le permita ver físicamente a su enemigo se le presentará un dragón «muy grand en manera de sirpient, muy negro e corto de cuerpo, e alto de pies» (Baños & Uría 2000: 204). El dragón trata de engullirla pero la doncella se santigua y el monstruo revienta, episodio que contradice la racionalidad de la mayoría de los que reproducen este relato.

Hasta aquí hemos venido describiendo las torturas aplicadas a las mujeres mártires, pero cabe ahora cuestionarse si, comparativamente con las aplicadas a los varones, tienen alguna particularidad que las distinga. Podemos comprobar que los mártires varones también son cocidos en calderas (Juan, Bonifacio); son golpeados (Antonio, Cristóbal); torturados en el potro (Vicente, Protasio); arrastrados (Ignacio, Marcos); son llevados al circo (Pablo apóstol, Dionisio); son desgarrados con garfios o *escorpiones* (Bonifacio, Teodoro); quemados (Bernabé, Sabiniano) y amenazados por monstruosos dragones (Jorge, Felipe). Pero podemos recontar nuevos y sanguinarios martirios exclusivos de los varones, como son los de apedrearlos (Esteban, Leodegario); asarlos a la parrilla (Lorenzo, Vicente); encerrarlos en corazas de hierro incandescente (Blas); obligarlos a tragar pez y resina (Segundo); o tumbarlos en lechos de vidrios rotos (Marcelino). Estas torturas que acabo de enumerar suenan más cruentas que las comunes con las mujeres, pero el número de vidas de santos recogidas en los santorales castellanos es mucho más abundante que el de santas, de modo que tampoco es extraño que haya más variedad de torturas en el caso de los varones.

Además, hay algunas modalidades muy frecuentes en el caso de los varones que no se registran en el de las mujeres, como son la crucifixión (Felipe; y boca abajo, como Pedro) y el asaetamiento (Sebastián), que conservan más parecidos con la muerte de Cristo. A las santas no les aplican estas torturas, pero, como hemos visto, se idean otras específicamente para ellas, como son las violaciones y la destrucción de los pechos.

Otra diferencia fundamental entre los martirios de las mujeres y de los hombres es la forma en que muere cada uno. Si la mayoría de los hombres fallece como consecuencia de las torturas a que los someten, las mujeres, por lo común, ofrecen mayor resistencia a todos los martirios que les aplican, de modo que la mayoría de ellas tienen que ser rematadas con la decapitación. Tal vez interesaba más a los hagiógrafos prolongar el relato de las torturas de las mujeres para resultar más

escabrosos o para demostrar que los ejemplos de las féminas eran más admirables por la resistencia que presentaban en los martirios.

Además de morir cuando se les cercena la cabeza, las santas también fallecen cuando les clavan espadas en la garganta (Lucía, Inés) o en el corazón (Eufemia). En la vida de Eufemia Apeliano le comenta al juez: «sabe que la virtud de los cristianos non puede ser vençida, sinon por fierro; por ende aconseiate, que le mandes cortar la cabeça» (Luna 1908: 237). El hecho de que los gentiles conciban a los cristianos como invulnerables a todo tipo de heridas salvo a las producidas por hierro los acerca a seres malignos, como brujos y hechiceros, e incluso a seres fantásticos, como los vampiros, que solo pueden ser destruidos con la decapitación o atravesándoles el corazón. Los hagiógrafos destacaron la crueldad de los paganos mostrando esta impía confusión del santo-mártir con un ser maléfico.

Pero, todo hay que decirlo, algunas santas no llegan al estoico fin de la muerte a hierro, sino que fallecen en la hoguera, como Anastasia, o de forma natural, como Ágata. Un caso llamativo y que podría incluso tildarse de irreverente es el de santa Apolonia, quien mientras los gentiles alimentan la hoguera en la que será quemada, decide lanzarse ella misma al fuego y se suicida.

EL ATAQUE A LO FEMENINO

Como hemos mencionado anteriormente, existen algunas diferencias dignas de reseñar entre las torturas aplicadas a los varones y a las mujeres mártires. Como ataques propios a las mujeres recontamos la violación, la tortura de los pechos, la desnudez y el corte de los cabellos. Solamente con detenernos a pensar un momento veremos que estos ataques radican precisamente en la destrucción de aquellos valores con que la sociedad desde siempre definió a la mujer: la *castidad*, la *maternidad* y la *belleza*. Así, contra la castidad se aplican la desnudez y la violación; contra la maternidad, la tortura de los pechos; y contra la belleza, el corte de los cabellos. Incluso podríamos englobar los tres valores en uno solo, puesto que castidad, belleza y maternidad se relacionan, en última instancia, con la sexualidad femenina.

La mujer, según los misóginos, fue la causante de la perdición del hombre desde los tiempos de Adán y Eva y condujo siempre al hombre a la ruina por la sabia utilización de su diabólica belleza y su irresistible atracción sexual. Por otra parte, los varones fueron siempre conscientes del sagrado poder de la maternidad, de la importancia capital de la mujer en relación a la continuidad del ser humano. Y para ello observaron la figura de la Virgen María como modelo de mujer y madre.

Las peculiaridades biológicas de la mujer se tornaron en arcano misterio a ojos de los hombres desde la antigüedad, de modo que éstos instauraron una serie de teorías médicas y biológicas cargadas de ignorancia, según las cuales ciertos rasgos físicos de las féminas explicaban su inferioridad con respecto a los varones. Los enigmas del parto, la menstruación, el histerismo (que se creía enfermedad exclu-

siva de la mujer, generada en el útero) se convirtieron en justificantes para que estas teorías, heredadas de Aristóteles y Galeno, siguieran vigentes en la Edad Media y llegaran a impregnar los textos literarios del momento. En palabras de Pedro de Torrellas: «Mujer es un animal / que se dice hombre imperfecto / procreado en el defecto / del buen calor natural» (Mackay 1993: 16). La mujer era un hombre que no había conseguido desarrollarse, un ser pasivo, material, frío, erróneo, en definitiva.

Contra los textos de los misóginos surgieron los de los defensores de las virtudes de las mujeres, comenzando por los seguidores de la corriente del amor cortés, nacida en Francia en el siglo XII. Esta corriente presentaba a damas inalcanzables en un pedestal, diosas, frente a los hombres, meros vasallos que las requerían. Frente a la destacada carnalidad de los misóginos, surge ahora la exaltación espiritual. Pero, como indica Angus MacKay (1993), estos defensores de las mujeres elogiaban las mismas virtudes femeninas que los misóginos calumniaban, es decir, de nuevo la castidad, la maternidad y la belleza. Tengamos en cuenta que en ningún caso la mujer tiene libertad para definirse a sí misma, ni biológica ni socialmente, así como no se le permitió participar en los debates literarios pro y antifemeninos.

Volviendo a los textos que aquí nos ocupan, los de las vidas de las mártires, vemos que a Lucía, a Anastasia, a Inés y a Ágata las condenan a la violación para corromper su pureza y para contradecir la consagración de su castidad a Dios. A muchas también las despojan de sus ropas, como a Margarita y a Anastasia, para avergonzarlas con lo que ellas guardan celosamente. O tal vez las desnuden, como a las hechiceras, para asegurarse de que no esconden maleficios entre los vestidos. También les rapan la cabeza,⁷ como a Cristina y a Bárbara, a modo de destrucción de la belleza o, como en el caso anterior, para cerciorarse de que no ocultan instrumentos para maleficios entre los cabellos, como hacían las brujas. Continuamos con la ambigüedad de la concepción que los gentiles tienen de las santas en estos relatos. La mujer mártir es confundida con la bruja, la hechicera, y sus poderes, derivados de Dios, son confundidos por los gentiles con poderes malignos. Este impío error sea castigado con terremotos, como sucede en la vida de Ágata; con la muerte de paganos asistentes a las torturas de las mártires, como en el caso de Catalina; con la ceguera del presunto violador, en la vida de Anastasia, o incluso la muerte del mismo, en la vida de Inés. En los casos de desnudez de las mártires, Dios les enviará mantos blanquísimos, como a Bárbara; les dará tal espesura repentina de cabellos que las tapaná por completo, como a Inés, o incluso les adosará las ropas al cuerpo de tal modo que nadie conseguirá quitárselas, como a las tres doncellas amigas de santa Anastasia.

A otras, como también hemos visto, les torturan los pechos, los senos nutricios, como a Ágata y a Cristina. La importancia de los senos no radica exclusivamente

7. Este acto de raparle la cabeza a una mujer y señalarla así para la infamia públicamente se llegaría a practicar hasta después de la guerra civil española: los vencedores rapaban la cabeza de las mujeres republicanas, o esposas o hijas de republicanos. También, a nivel europeo, poco después de la ocupación alemana, en el periodo llamado de la depuración, se les rapaba la cabeza a las simpatizantes de los nazis.

en su valor primordial, en la concepción de las mentes medievales, que es el de alimentar a los hijos, sino que también sirve como método de intimidación al hombre, símbolo del poderío de la matrona. Esta concepción proviene ya de la antigüedad clásica, en la que las heroínas intimidaban a los varones, incluso a sus propios hijos, enseñando sus pechos o su vientre, lugar de origen del género humano, y demostrando así su superioridad absoluta.⁸ En el caso de las santas, Eugenia enseña sus pechos a su propio padre mientras la juzga, para demostrar que es mujer y superior a él. Tal vez por ser símbolo de poderío sobre el hombre, éste decide torturarlo a modo de negación de ese poder. En cualquiera de las torturas que hemos mencionado aquí, parece claro que todas atentan contra los valores que se habían creado como modélicos para las mujeres. De ahí que hayamos denominado estas torturas como ataques a lo femenino.

LAS VIDAS DE LAS MÁRTIRES: PROPAGANDA DEL CRISTIANISMO. MODELOS A IMITAR

En último lugar, quisiera tratar el aspecto del funcionamiento de las vidas de las mártires como modo de propaganda del cristianismo y como modelos para imitar.

Explica José Aragüés (1994) que los de los mártires siempre son *exempla maiora*, ejemplos «para admirar», en términos de Alonso de Villegas, más que para imitar. En palabras de fray Martín de Córdoba, de su *Tratado de la predestinación*, leer estas vidas de los mártires «faze tenblar a hombre los figados» (Gómez Redondo 2002: 3241, n. 1620), es decir, conmueven al lector con sus dosis de valentía y estoicismo ante los martirios. Los ejemplos de las mujeres serán aún más admirativos, por provenir de seres supuestamente inferiores y, por lo tanto, menos virtuosos. San Agustín decía que los casos de las mujeres mártires eran más llamativos porque es más sorprendente que la debilidad femenina derrote al demonio.

La propaganda del cristianismo aparece reflejada en estos relatos martiriales en la propia narración de las torturas. En muchas ocasiones los gentiles presentes en los martirios de las santas perecen quemados o destrozados por los instrumentos de tortura, o víctimas de animales salvajes o de catástrofes naturales. En otros casos, no hay castigo divino para los paganos, sino conversión directa al cristianismo. Es el caso de cuantos intentan violar a Inés, que salen convertidos del lugar en que está encerrada la santa. Por otra parte, la emperatriz de Alejandría se convierte en mártir cuando presencia las torturas que su marido aplica a santa Catalina.

Pero la propaganda del cristianismo, en opinión del profesor de la Universidad de Oviedo Jesús Menéndez Peláez, sería variada, según el tipo de vida. Así, la vida de santa Catalina actuaría como correctora del paganismo que surgía en el siglo xv;

8. Esta referencia está extraída de una ponencia de María del Carmen García Herrero, profesora titular de Historia Medieval de la Universidad de Zaragoza, titulada «Miradas ajenas, miradas propias: las cristianas laicas en el mundo medieval», leída en Laredo (26 al 19 de agosto de 2002) en el curso de verano «Voces femeninas diversas en el medioevo: cristianas, judías y musulmanas».

la de Inés sería útil para la propaganda de la castidad femenina y el patrocinio de los nuevos monasterios de mujeres que se construían en el xv. Es decir, la propaganda trascendería lo meramente espiritual y contendría intereses más concretos.

No se queda ahí la cuestión de las vidas de las mártires, en la divulgación del cristianismo, sino que estas pasiones también tienen como objeto servir de modelos de conducta para las mujeres castellanas aristócratas y cortesanas de siglo xv.

Isabel Beceiro Pita (1999) nos habla de las mujeres nobles y de su papel como receptoras y agentes de la educación en la Edad Media. Destaca como hecho fundamental que a partir del siglo xiii comenzaran a influir en los modelos de conducta femeninos una religiosidad derivada de las órdenes mendicantes. No es de extrañar, entonces, que las figuras de las santas comenzaran a ser tomadas como modelos de conducta para las mujeres aristócratas del momento, modelos de los cuales debían aprehender valores como la caridad, la piedad o el cuidado de los hijos.

Con la débil introducción del Humanismo en la corte de Castilla, explica Beceiro, se añaden más matices a estas pautas de conducta con la aparición de modelos del mundo clásico, del Antiguo Testamento y de las santas cristianas. Estos nuevos modelos servirán para enfatizar los valores preestablecidos como la castidad y la caridad. Uno de los principales libros que presentarían en este momento estos modelos de mujeres sería, según Beceiro, el de Álvaro de Luna, que tomamos como fuente para ejemplos en este trabajo.

En opinión de Beceiro (en prensa) los santos, en general, se conciben esencialmente como protectores y, en segundo plano, como ejemplos modélicos a seguir. En el caso de las mujeres sucede lo mismo, puesto que tenemos a santas protectoras de las tormentas, como Bárbara; de dolencias de los pechos, como Ágata, o de las de los dientes, como Apolonia. Pero en el caso de las vidas de las santas la importancia de la protección queda oscurecida por la funcionalidad ejemplar y, aún más claramente en el caso de las mártires. Y el valor fundamental que ejemplarizarían estas doncellas, en opinión de Beceiro, sería, a imitación de la Virgen María, el de la virginidad. Por este motivo serían un referente para la vida ascética de las reclusas.

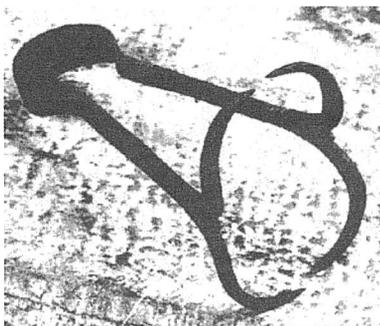
Beceiro explica que las mártires resultaban modelos perfectos a seguir para las mujeres aristócratas, comenzando por la cuestión de que las mártires, como ellas, eran de noble cuna, hecho que se creía equivalente a la nobleza de espíritu. Por otra parte, son cultas y educadas, castas. Es decir, las mártires concentraban todas las características deseables para una mujer de alta alcurnia, especialmente en edad joven. El ejemplo más perfecto sería el de Catalina de Alejandría, ya que concentra todos los valores y destaca por su esmerada educación y por una sabiduría que la lleva a vencer a los más famosos filósofos. Aunque ya en los siglos xi y xii se debió de acoger el culto a estas santas en Castilla, no sería hasta la baja Edad Media, con la difusión de los *flores sanctorum*, cuando triunfó plenamente su culto. Este tipo de obras se encontraban en las bibliotecas de los nobles y en las comunidades monásticas femeninas, como lecturas edificantes.

Quisiera terminar puntualizando que si, como dice Beceiro (en prensa) las representaciones visuales de las mártires están impregnadas de una fuerte carga de

dramatismo que mueve a la identificación del espectador con la mujer perseguida y torturada, lo mismo podríamos decir de las imágenes narradas, de las literarias que aquí hemos estudiado. Tanto en unas como en otras queda patente la sentencia acuñada por Hobbes, aunque original de Plauto, de que el hombre es un lobo para el hombre o, en este caso, para la mujer. Desde los inicios de la humanidad, desde los inicios del cristianismo, que es lo que hemos tratado, el hombre ha ideado escabrosas y cruentas torturas para sus semejantes. En el caso de la mujer, le ha desgarrado los pechos, la ha desollado, hervido, descoyuntado, descuartizado, violado, asado, azotado, cortado en trozos, etc. Quedémonos con el alivio de que, en este caso, se trata de relatos literarios cuya brutalidad atiende a fines específicos, como la propaganda del cristianismo o la propuesta de modelos a seguir.

VANESA HERNÁNDEZ AMEZ
Universidad de Oviedo

APÈNDICE. LÁMINAS



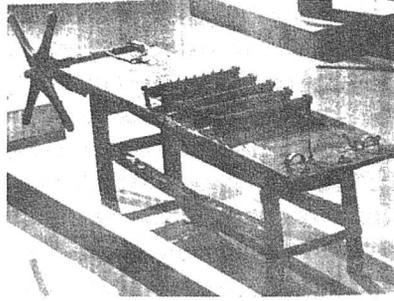
1. Desgarrador de senos

De la estoria de santa anastasia
virgen.



•C•iii•

2. IB 53312. BL Anastasia



3. Potro de tortura



4. R-13032 BN-Bárbara



5. R-13032 BN-Eufemia



6. R-13032 BN-Margarita



7. R-23859 BN-Ágata

Comiença la bystoria de la vida de santa ynes virgen 7 martyr.



8. R-23859 BN-Inés

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Actas de los Mártires* (1974), ed. de Daniel Ruiz Bueno, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- ARAGÜÉS ALDAZ, José (1994), «La mujer gentil y el varón cristiano. Un eco erasmiano e fray Luis de Granada», dentro de Túa Blesa *et alii*, eds., *Actas del IX Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, tomo I («La mujer: elogio y vituperio»), Zaragoza, pp. 37-47.
- BAÑOS VALLEJO, Fernando & Isabel URÍA MAQUA (2000), *La leyenda de los santos (Flos sanctorum del ms. 8 de la Biblioteca de Menéndez Pelayo)*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo.
- BECEIRO PITA, Isabel (1999), «Modelos de conducta y programas educativos para la aristocracia femenina (siglos XII-XV)», dentro de M. T. López Beltrán, ed., *De la Edad Media a la Moderna: mujeres, educación y familia en el ámbito rural y urbano*, Málaga, Universidad de Málaga, pp. 32-72.
- (en prensa), «La devoción a los santos entre la nobleza castellana», dentro de las jornadas interdisciplinarias tituladas *Las imágenes de los santos entre los siglos XII al XVI (22-24 abril de 2003)*, Madrid, Fundación Universitaria Española.
- GÓMEZ REDONDO, Fernando (2002), *Historia de la prosa medieval castellana, III. Los orígenes del humanismo. El marco cultural de Enrique III y Juan II*, Madrid, Cátedra.
- LUNA, Álvaro de (1908), *Libro de las virtuosas e claras mugeres por el Condestable de Castilla Don Álvaro de Luna*, ed. crítica de Manuel Castillo, Madrid/Toledo.
- MACKAY, Angus (1993), «Apuntes para el estudio de la mujer en la Edad Media», dentro de Celia del Moral, ed., *Árabes, judías y cristianas. Mujeres en la Europa medieval*, Granada, Universidad de Granada, pp. 15-33.
- MAITLAND, Sara & Wendy MULFORD (1998), *Virtuous Magic. Women Saints and Their Meanings*, London, Mowbray.
- MUÑOZ MAYOR, María Jesús (1998), «Presencia testimonial de las mujeres en la Iglesia (ss. I-V)», dentro de Isabel Gómez-Acebo, ed., *Mujeres que se atrevieron*, Bilbao, Descleé de Brouwer, pp. 19-76.
- RUIZ BUENO, Daniel, ed. (1974), *Actas de los mártires*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- WALSH, John K. & B. B. THOMPSON (1986-87), «Old Spanish Manuscripts of Prose Lives of the Saints and Their Affiliations. I: Compilation A (The *Gran Flos Sanctorum*)», *La Corónica*, 15/1, pp. 17-28.